

**EPISTEMOLOGÍA CRÍTICA DEL TRABAJO SOCIAL Y DE LAS
ESTÉTICAS EMANCIPATORIAS**

***CRITICAL EPISTEMOLOGY OF SOCIAL WORK AND EMANCIPATORY
AESTHETICS***

Toni Sangrà-Boladeres¹

TRABAJO SOCIAL GLOBAL – GLOBAL SOCIAL WORK, Vol. 12 (2022)

<https://dx.doi.org/10.30827/tsg-gsw.v12.24014>

¹ Universitat de Barcelona (España).

Contacto: Toni Sangrà. Facultat d'Educació. Unitat de Formació i Recerca de Treball Social. Pg. de la Vall d'Hebron, 171. 08035 Barcelona (España). e-mail: tonisangra@ub.edu

Recibido: **25-02-2022** Revisado: **01-11-2022** Aceptado: **15-12-2022** Publicado: **20-12-2022**

Cómo citar / How to cite:

Sangrà-Boladeres, T. (2022). Epistemología crítica del trabajo social y de las estéticas emancipatorias. *Trabajo Social Global – Global Social Work*, 12, 134-155. <https://dx.doi.org/10.30827/tsg-gsw.v12.22014>

Resumen

Este artículo tiene el objetivo de canalizar el valor de la estética y sus prácticas hacia el estudio epistemológico del trabajo social. La fenomenología y la epistemología de lo estético nos ofrecen una comprensión diferente de la constitución de la realidad y del ser humano. Así, derivado de la evolución conceptual de lo estético en el contexto artístico y de las miradas postestructuralistas, encontramos la idea de la emancipación como un concepto clave para la constitución de sujetos autónomos y críticos. Nos proponemos estudiar y reflexionar sobre el significado de la emancipación para el trabajo social, relacionando la epistemología, la teoría crítica y la estética. Para este diálogo interdisciplinario se utiliza el método histórico de análisis y crítica de las fuentes teóricas consultadas. A partir de la interpretación de estas fuentes construimos un razonamiento teórico que ofrece una base ontológica y epistemológica para que la estética y sus prácticas sean también modelos de aprendizaje y de acción para el trabajo social.

Abstract

This article delves into the epistemology of social work from an aesthetic standpoint. An epistemological and phenomenological approach to aesthetics offers a different understanding of what constitutes reality and of the human being. Thus, stemming from this conceptual evolution of aesthetics in poststructuralist theories and in the artistic context, we find the idea of emancipation essential to the constitution of autonomous and critical individuals. We intend to study and reflect on the meaning of emancipation for social work, relating epistemology, critical theory and aesthetics. For this interdisciplinary dialogue, the historical method of analysis and criticism of the theoretical sources is used. From the interpretation of these sources we have built a theoretical reasoning that offers an ontological and epistemological basis for the validation of aesthetics and its practices as models of learning and action for social work.

PC: epistemología del trabajo social; estética; emancipación; pensamiento crítico

KW: epistemology of social work; aesthetics; emancipation; critical thinking

1. Introducción

Este artículo trae al debate conceptos filosóficos, éticos y estéticos en su aplicación al trabajo social y a la legitimación de la diferencia, como ciencia plural, en la producción de conocimiento en el campo científico del trabajo social. Se explora, desde un punto de vista reflexivo y teórico, la estética con la epistemología, la fenomenología y el post estructuralismo para afirmar un trabajo social que construye conocimiento científico, crítico y emancipatorio en su legitimación como ciencia, aprendizaje y como acción.

En nuestra contemporaneidad el objeto de conocimiento en el campo de la estética, al mismo tiempo que en el del arte, se ha descentrado. Esta reconfiguración epistemológica nos permite conectar con otra condición de esteticidad que está presente en las relaciones y en las prácticas de la cotidianidad. En este contexto, la naturaleza estética del sujeto se convierte en una fuente de conocimiento para el trabajo social, y por tanto también en un eje para su investigación. Este hecho fundamenta nuestra exposición sobre la epistemología de la emancipación en el trabajo social desde la estética.

Nuestro interés por el estudio de los procesos estéticos y artísticos en el trabajo social viene dado porque los ámbitos del arte y del trabajo social forman parte de nuestra formación académica y de nuestras experiencias profesionales y experienciales. Los dos fenómenos se cruzan y afectan en nuestra biografía, especialmente en nuestra condición de docentes e investigadores universitarios. ¿Desde cuál de los dos hablamos? No podemos responder exactamente, pero sí que podemos precisar que el presente artículo se ha construido desde una posición fenomenológica basada en la observación, identificación e interpretación de datos y discursos teóricos racionalizados en estos cruces. Por ello, hemos adoptado una actitud receptiva y crítica para atender y aprender sobre aquello que se manifiesta en los límites de estos conocimientos.

2. Estructura, materiales y fuentes documentales

La reflexión está dividida en cuatro bloques, más o menos secuenciales, en los que se interrelacionan las bases teóricas que sustentan la discusión. Cada apartado gira en torno un eje conceptual que va abriendo e impulsando el desarrollo de la reflexión. En el primer bloque se introducen algunos de los debates epistemológicos del trabajo social y se despliegan en el actual contexto socioeconómico occidental. En el segundo apartado se ubica el trabajo social en el marco conceptual de la estética y la emancipación. En tercer

lugar, se recupera el valor del potencial artístico que históricamente ha identificado al trabajo social. El último bloque intenta sintetizar un aporte ético-estético al discurso epistemológico y teórico-práctico del trabajo social.

Para elaborar la propuesta se ha construido un recorrido historiado por fuentes teóricas procedentes de la epistemología del trabajo social, la teoría crítica y la estética. En la revisión de las fuentes bibliográficas se han seleccionado tres obras clave que trazan nuestra reflexión: *Art as experience*, de John Dewey, publicado por primera vez en 1934; *Social Work as Art*, de Hugh England, publicado en 1986; y *Epistemología del Trabajo Social. De la evidencia empírica a la exigencia teórica*, de Teresa Zamanillo, del año 2018. A lo largo del texto estas obras se ponen en relación con otras referencias bibliográficas que abarcan las tres dimensiones mencionadas.

3. El conocimiento del trabajo social y su discurso epistemológico en el actual contexto: insuficiencias y oportunidades

Cuando se plantean redefiniciones epistemológicas del trabajo social en el actual contexto de las ciencias sociales, y también de las ciencias humanas, se hacen patentes algunos de los límites disciplinarios de sus fuentes históricas. Los valores de la contemporaneidad son difíciles de encajar con el conocimiento construido desde las disciplinas tradicionales de la modernidad científica, e incluso por las discontinuidades postmodernas. Esta diatriba se manifiesta o se amplifica en el trabajo social, ya que desde sus orígenes hasta la actualidad mantiene debates identitarios, ideológicos y metodológicos (Fombuena, 2012). Las tensiones epistemológicas que generan estos debates históricos, Mosquera (2006) las distribuye en tres tendencias: la relación de subordinación del trabajo social respecto a otras disciplinas de las ciencias sociales; el desarrollo positivista de la cientificidad del trabajo social de acuerdo con el ascenso de la ciencia en el siglo XX como conocimiento hegemónico y certero; y los cuestionamientos surgidos a raíz de las perspectivas postestructuralistas y constructivistas que conectan el trabajo social al pensamiento reflexivo y crítico.

A partir de la segunda tendencia planteada por Mosquera (2006), se constata que la base del discurso epistemológico en la disciplina del trabajo social está construida sobre el enfoque de conocimiento de la ciencia moderna en el contexto del nacimiento del Estado del bienestar. Esta perspectiva científico-técnica se caracteriza por seguir principios del positivismo científico y los valores utilitarios de las lógicas tecnocráticas. Teniendo en

cuenta la complejidad del objeto de conocimiento del trabajo social, este marco teórico-práctico puede resultar parcial y limitado. Zamanillo (2018) conceptúa el objeto del trabajo social como “los fenómenos relacionados con el malestar psicosocial de los individuos, ordenados según su génesis socio-estructural y su vivencia personal” (p. 74). Así, por ejemplo, desde los marcos teóricos positivistas al razonar y ordenar al individuo solo en función de sus necesidades se prioriza la dimensión desarrollista y experimental, fruto del paradigma psico-biológico, por encima de la conciencia de ser y *estar con*, como principio ontológico y epistemológico.

Sin abordar ahora el conocido debate sobre la científicidad del trabajo social, en términos generales la complejidad epistemológica en la que se ve envuelto el trabajo social viene determinada por el carácter transdisciplinario de sus prácticas (Karsz, 2007), y por la especificidad de su praxis relacional: “Son los vínculos del ser humano en la intersubjetividad y de los sujetos con ese entorno de malestar y sufrimiento los que dan sentido al Trabajo Social” (Zamanillo, 2018, p. 77).

La ciencia de la modernidad plantea al ser humano como una estructura ordenada y organizada por la razón, pero la “naturaleza” humana se origina en el caos (Prigogine, 1997). En esta infinita inmanencia la ciencia ordena y racionaliza lo real y, de acuerdo con la razón, organiza el caos del ser. Así, el mundo se nos presenta racional porque primero nosotros lo hemos racionalizado. Este pensamiento, como decimos, fruto de la ciencia de la modernidad siempre ha tenido el propósito de descubrir cosas, y más concretamente de descubrir la verdad de las cosas. Esto paradójicamente plantea el a priori de la existencia de *la verdad* para que pueda ser descubierta, pero también nos sitúa en un punto crítico en el debate epistemológico, ya que no se puede garantizar un conocimiento absoluto, según el cual *la verdad* se corresponde con la realidad, porque la presencia del sujeto en este proceso modifica lo que pretende conocer. Tomar conciencia y reflexionar sobre este proceso es importante para la actividad científica del trabajo social; Toledo (2004) nos advierte que se debe ser cauteloso en las objetivaciones que, por ejemplo, buscan representar *la verdad* de las construcciones intersubjetivas o sobre las que el individuo negocia la realidad social. Esto no significa que la voluntad o el deseo de conocer *la verdad* en trabajo social sea un sinsentido, al contrario, como plantea Kisnerman (1998) “La verdad científica, así como cualquier otra verdad, nace en el interjuego de las interacciones y de construirse en un espacio de las intersubjetividades en base a conversaciones y al hecho de compartir un nudo de significaciones comunes” (p. 81).

Así, el conocimiento hacia *la verdad* busca iluminar aspectos no visibles de su objeto, y en este proceso de conocer se esclarece una verdad socio-histórica que no es finita, porque si lo fuera estaríamos planteando un principio absoluto sobre lo que es verdad (Nietzsche, 2006). La ontología de *la verdad* en trabajo social está implicada con la emancipación y la resistencia (Zamanillo, 2018). Esto quiere decir que, en el ámbito epistemológico de la construcción del conocimiento en trabajo social, hay que reflexionar sobre las dependencias que condicionan su acción científica (praxis), como la visualización y comprensión de las situaciones complejas, la asunción crítica de las desigualdades, y el reconocimiento del otro en la construcción de subjetividades. El conocimiento de estas dimensiones implica no aislar la historia con fundamentos deterministas ya que, si no, anularía la posibilidad de emancipación. De este modo, entender el conocimiento como un proceso en permanente formación e interpretación, que es contenido para la comprensión (Gadamer, 1993), nos lleva a considerar este movimiento circular como un espacio de creación y liberación para el sujeto. En esta línea, Kisnerman (1998) apunta que “el reto, por consiguiente, es moldear una realidad de cualidad relacional, inteligibilidad lingüística y prácticas asociadas que ofrezcan una nueva potencialidad a la vida cultural” (p. 77).

Ante esta complejidad epistemológica se hace necesaria una revisión del lugar desde el que se mira, y esto significa que hace falta atender a los procesos históricos y socioeconómicos de los sujetos. En este momento nos encontramos en un contexto globalizado y tecnificado que condiciona cualquier repensar epistemológico sobre las posibilidades del conocer desde el trabajo social. Este contexto es importante para situar la fundamentación de nuestro trabajo ya que, en la última mitad del siglo XX, el territorio del arte y de la ciencia convergen y conectan en la crítica y cuestionamiento de aspectos epistemológicos como la unicidad de la verdad, el descentramiento de los conceptos de la razón y el conocimiento, la disolución de las fronteras disciplinares, la idea de la linealidad del progreso, las formas de relación, etcétera.

En nuestro mundo actual -postfordista, virtualizado y tecnológico- se advierte todavía la confianza en los metarelatos de la razón científica, que fueron construidos desde la modernidad y que ahora son globalizados por la postmodernidad. Aunque se intuye una cierta regresión de este panorama, este mapa tiene consecuencias en los sistemas de poder, las identidades y el sentido de lo que llamamos acción porque no están fuera de las lógicas productivistas y consumistas que los sostienen (Garcés, 2017). Es decir, el proyecto occidental de la modernidad basado y sostenido en los valores ilustrados de la igualdad, el bienestar, la paz en el espacio social, el progreso a través de la ciencia, la obediencia a las

leyes, la democracia pasiva, la tecnología..., se fusiona y funciona con, y para, el sistema económico del mercado y el consumo. Este modelo de desarrollo, en el que el trabajo social ha crecido y generalizado su praxis, en general pone por delante los criterios de estandarización y racionalización de los democratizadores (Dustin, 2007). Por ejemplo, se desplazan las identidades de los sujetos a través de lógicas administrativas. La condición del sujeto en un contexto de productividad acelerada e hipertecnológico impregna, para bien o para mal, nuestras apreciaciones y percepciones sobre el otro, pudiendo excluir su existencia histórica y social por valores universalistas y moldeados culturalmente.

Como afirma Karsz (2007) “en el trabajo social, como en otros dominios, hoy día el realismo impera, lo cual comporta una alta dosis de resignación al neoliberalismo triunfante” (p. 29). Así, por un lado, la ubicuidad de esta ética postfordista sirve para marginar la acción sociopolítica del trabajo social desdeñando el papel de los factores sociales en los procesos de intervención. Por otro lado, las lógicas de rendimiento y (auto)exigencia que derivan del sistema tecnocrático y administrativo en las que en general se desarrolla la práctica de la profesión, muchas veces limita la acción del trabajo social a dar respuestas estandarizadas a las demandas de los usuarios, y al seguimiento y evaluación de protocolos y procesos tecnificados prestadores de servicios. Cuando las estrategias y procesos de intervención del trabajo social son instrumentalizados por mecanismos de eficiencia y rentabilidad, el trabajo social pasa a relacionarse de forma clientelar con sus destinatarios, y desde un punto de vista epistémico esto significa que se acaba interpretando la realidad en base a conceptos mercantiles y productivos. Es decir, si el criterio predominante en la evaluación de la intervención es la eficiencia, el trabajo social acaba mirando y comprendiendo la realidad solo a través del prisma técnico, determinando así su grado de acción en términos mecánicos, en vez de tener en cuenta la justicia social, el equilibrio ecosocial, la belleza o la profundidad de la sabiduría de su acción.

El conocimiento en nuestra sociedad, y en el mundo académico en general, funciona a modo de re-presentar otros conocimientos en una lógica configurada a partir de una economía del saber, es decir en función de unas estructuras económicas de rendimiento y producción. Esto segmenta el saber y su transversalización, y conduce a una repetición de descubrimientos y de procedimientos (Garcés, 2017). En el marco tecnocientífico del trabajo social, por ejemplo, la práctica basada en la evidencia ha cobrado importancia, pero también se han debatido sus limitaciones en relación con la naturaleza y la diversidad que caracterizan las prácticas del trabajo social (Gray y McDonald, 2006). Se advierte que su aplicación rígida y estereotipada puede determinar que el entorno social pase a formar parte

de una fase del estudio o procedimiento. Esta experiencia práctica o del saber se encuentra predeterminada, naturaliza una construcción cultural y puede reproducir preconcepciones y estigmatizaciones en el sujeto o el colectivo.

La priorización del discurso de la racionalidad (emocionalidad y eficiencia) aplicado al trabajo social también tiene efectos en la (auto)conciencia del *ser trabajador social* y en su práctica laboral, ya que normativiza el control emocional y la autogestión del sujeto como procesos de cambio en la intervención. Así, por ejemplo, la reproducción constante y descontextualizada de valores y conceptos como el empoderamiento, la resiliencia, el (auto)cuidado o la innovación social pierden su capacidad de transformación y pasan a ser mecanismos de autodisciplina (Foucault, 1990) o de neutralización (Garcés, 2013) del sujeto, y toman cuerpo en formas de intervención caritativa o paliativa (Karsz, 2007). En definitiva, el fomento intenso del autocontrol y la positividad emocional del sujeto relega la responsabilidad de los problemas sociales a la esfera individual, y el trabajo social pierde su razón emancipadora y crítica.

En este sentido, como apuntan Schubert y Gray (2015), esta dimensión emancipadora y de resistencia que históricamente ha identificado al trabajo social se desplaza hacia otro tipo de prácticas socialmente comprometidas, que ven en los procesos artísticos del mundo contemporáneo como un potencial transformador: “while social workers have been caught in managerial, risk-averse environments that have squeezed out room for creativity, artists have moved into spaces for community engagement, activism, and advocacy” [mientras que los trabajadores sociales se han visto atrapados en entornos gerenciales y de aversión al riesgo que han reducido el espacio para la creatividad, los artistas se han mudado a espacios para la participación comunitaria, el activismo y el apoyo (Schubert y Gray, 2015, p. 4). Este acercamiento de lo artístico y estético a la esfera social, y a la inversa, se debe, como hemos apuntado anteriormente, a una brecha epistemológica que se abre a finales del siglo XX, y que está relacionada con la globalización y la transformación tecnológica. Esto puede implicar una descentralización epistemológica para el trabajo social (Lorente-Molina y Luxardo, 2018), referida en este caso a la repercusión del concepto de lo artístico y el abanico de significados que adquiere lo estético en las cotidianidades de los sujetos. Estos procesos de conocimiento pueden ser una oportunidad para establecer nuevos sistemas de valor que estén más allá del universo tecnocientífico y que sean menos utilitaristas, abriendo así el camino a otros elementos epistemológicos en la praxis del trabajo social.

4. Aportaciones epistemológicas de las estéticas y sus prácticas al discurso de la emancipación

Cuando colocamos los sistemas de mercantilización y administración en el centro de la reflexión epistemológica es porque en este modelo socioeconómico se hacen imprescindibles mecanismos de subjetivación que garantizan su sostenimiento. Estos sistemas modelan los sentidos, los valores, significados y representaciones, que se retroalimentan y centrifugan entre ellos a través de estrategias de consumo. La subjetividad queda impactada por estas estrategias que, por otro lado, contienen un alto contenido estético (Lipovetsky y Serroy, 2015). La subjetividad no es una especie de conciencia espiritual superestructural, sino que está moldeada por las industrias culturales estetizantes de acuerdo con las estrategias políticas y del mercado.

Ante este panorama social, económico y cultural, no pretendemos plantear ahora un análisis exhaustivo sobre todas las variables psicosociológicas que lo circundan. Sin embargo, para nuestro debate epistemológico, sí que se hace necesario interrogarnos sobre la relación existente entre sus dimensiones de poder y la conformación del sujeto emancipado; por ello, y de acuerdo con nuestro marco epistemológico, pretendemos clarificar mínimamente las relaciones entre estética, arte y ciencia, y discernir aquellos significados que nos puedan ser útiles en el contexto del conocimiento del trabajo social y su relación con la emancipación.

Lo que aquí llamamos estética es todo aquello que actúa en la sensibilidad del sujeto y en sus formas de representación. Incluso, para su visualización en el estudio del trabajo social, preferimos referirnos al término como *estéticas*, ya que el plural apunta a una complejidad en la experiencia de lo sensitivo y se articula mejor sobre el concepto de *prácticas del trabajo social* que plantea Healy (2001) o el de *espacios del trabajo social* de Crath (2012).

En todo caso, el campo de estudio de la estética se estableció en el siglo XIX cuando la belleza (o lo bello) deja de ser el eje transversal en la valoración de los fenómenos de la realidad y el arte. En este punto, lo estético se convierte en una categoría objetivada ya que se materializa en el proceder del sujeto en el desarrollo de su actividad. Esta idea la expone John Dewey (2005) a comienzos del siglo XX, que apuntaba a la comprensión y a la naturaleza dialógica de la estética desde la experiencia de su actividad.

A partir de estos planteamientos se concluye que lo estético puede darse en cualquier acción espaciotemporal, pero para que sea una experiencia interrelacionada (sujeto-objeto) se hacen necesarias unas circunstancias adecuadas. Es decir, el fenómeno estético no es posible fuera de los marcos sensitivos que se dan entre el sujeto y el objeto, u otro sujeto.

De acuerdo con estos criterios es preceptivo subrayar que la cuestión estética no se circunscribe sólo al arte o la belleza. De hecho, en el sentido etimológico de *aisthesis* se refiere al sujeto de sensibilidad o percepción: es decir una *est-ética*. Para clarificar este término, Mandoki (2008) nos recuerda que:

el sujeto de la estética se distingue por apreciar el valor de lo que percibe en su entorno no solo en términos de su provecho directo para la sobrevivencia sino como un valor adicional que lo afecta en su condición de estar abierto al mundo, en su vivacidad. (p. 66).

En definitiva, se sitúa lo estético en el ámbito de los intercambios sociales y en como el sujeto denota la sensibilidad, el sentimiento y las actitudes estéticas (juicio del gusto) a partir de la asimilación de los patrones socioculturales de nuestro entorno. Al emplear la estética en este sentido permite interrogarnos, por ejemplo, sobre las percepciones que se dan en trabajo social. Zamanillo (2018) apunta a la condición dual de la intervención en trabajo social, que de modo simplificado significa que el profesional se mueve entre un trabajo que intenta ser emancipatorio y uno de gestión o control. Esta idea en la conceptualización estética significa que la práctica del trabajo social se percibe como flexibilizadora o como un reflejo de las racionalidades económicas, políticas y morales presentes en nuestro contexto y de las consecuentes marcas en las subjetividades.

Esta característica de la estética, que la enmarca en el reino de lo sensible, nos apunta también a otro punto de reflexión relacionado con el arte y la ciencia. El conocido enfoque naturalista y pragmático de Dewey, que forma parte de la historia epistemológica del trabajo social (Miranda, 2003), no desvincula lo estético respecto a lo cognitivo y moral. En este sentido, Dewey (2005) cuando hace referencia a una acción estética también lo asocia a ideas vitalistas que tienen que ver con la experimentación de los acontecimientos por parte del sujeto:

For esthetic experience is experience in its integrity. (...) For it is experience freed from the forces that impede and confuse its development as experience; freed, that is, from factors that subordinate an experience as it is directly had to something beyond itself [Pues la experiencia estética es experiencia íntegra. (...) Porque es una experiencia liberada de las fuerzas que impiden y confunden su desarrollo como experiencia; es decir, libre de factores que subordinen una experiencia, tal como se tiene directamente, a algo más allá de sí misma]. (p. 285-286).

De hecho, la obra de filósofos pragmatistas como John Dewey, y más tarde el pensador G.H. Mead, inspiraron precisamente a Mary Richmond en la configuración disciplinaria y científica del trabajo social (Hothersall, 2016; Miranda, 2011; Victoria, 2013). El conocimiento basado en la experiencia de Dewey plantea un compromiso con la idea de educar ciudadanos inteligentes y libres que conecta con las prácticas reflexivas y emancipatorias del trabajo social: “One possibility is to adopt a pragmatic epistemology, the essence of which rests on a number of key features that provide both focus and a critical perspective” [Una posibilidad es adoptar una epistemología pragmática, cuya esencia descansa en una serie de circunstancias clave que aportan tanto un enfoque como una perspectiva crítica] (Hothersall, 2016, p. 17).

La filosofía de Dewey tiene importantes influencias en el desarrollo de la acción social y educativa en la Norte América de principios de siglo XX. Se identifica su pensamiento con el progreso social, la cultura democrática y la pedagogía de la emancipación (Dewey, 1996). En tal sentido, Miranda (2012) nos recuerda la influencia que tuvo también en Jane Addams, otra de las referentes históricas del trabajo social, quien explotó precisamente las experiencias con las artes en el centro social de la Hull House a finales del siglo XIX. En definitiva, para el debate epistemológico, la mirada de Dewey legitima el campo del arte como un espacio de conocimiento al igual que la ciencia, y determina que el arte, como experiencia, es un conjunto de relaciones que configuran la territorialidad de la existencia de los sujetos. Esto da sentido a aquella conocida frase de Richmond en la que definía al trabajo social como una ciencia que ha de ejercerse como un arte, es decir como una práctica equilibrada entre lo metódico y lo afectivo (England, 1986).

En todo caso, la reconfiguración de la estética en el arte, que entre otros visualizamos en Dewey, se materializa por parte de los artistas en un abandono progresivo, a mediados del siglo XX, de la expresividad y la auto-referencialidad románticas, situando el centro de atención de lo artístico en la esfera social y en el ámbito de la cotidianidad (Borriaud, 1999; Danto, 1999). Estas premisas morales y transformativas conllevan un trabajo con los prejuicios y las desigualdades, un compromiso con la realidad, y están relacionadas con la posicionalidad del conocimiento y su complejidad epistémica. Esto quiere decir, por ejemplo, tomar conciencia de la falta de transparencia de la realidad, captar los mecanismos configuradores de subjetividad, analizar las causas socio-históricas de las injusticias, poseer conciencia crítica... en definitiva, abrirse a una comprensión de *la verdad* en el contexto.

En este escenario, para el trabajo social adquiere valor el potencial que tiene lo estético y lo artístico para mostrar y actuar en las dificultades existenciales de los sujetos, pero también

para la producción de conocimiento en aspectos complejos de la relación del individuo con su contexto. Es decir, y siguiendo a Gadamer (2018), en la reconstrucción de un conocimiento estético-artístico se identifican los signos, símbolos o representaciones con los que el sujeto se re-conoce. La interpretación de estos significados reconstruye una experiencia que “descoloca” al sujeto sobre los roles en los que debería reconocerse. Este proceso, de base hermenéutica, transfigura los gestos, las palabras y las cosas, y son el material con el que el arte, más allá de la representación, se involucra en la sociedad y en el conocimiento. Gadamer (2018) expone:

Todo re-conocimiento es experiencia de un crecimiento de familiaridad; y todas nuestras experiencias del mundo son, en última instancia, formas con las cuales construimos nuestra familiaridad con ese mundo. El arte, en cualquier forma que sea - tal parece decir, con acierto, la doctrina aristotélica-, es un modo de re-conocimiento en el cual, con ese re-conocimiento, se hace más profundo el conocimiento de sí, y con ello, la familiaridad con el mundo (p. 89).

En este punto se nos hace necesario señalar que, al referirnos al arte desde su implicación social y política, no lo hacemos desde una función unívoca, representacional o de activismo, sino que lo entendemos como un conjunto de experiencias complejas en las que se comprometen diferentes textualidades y discursos. Como hemos apuntado anteriormente, nos referimos a estas experiencias como *prácticas* o *estéticas*. El contenido de estas prácticas se asocia a la epistemología de lo sensible y del acto de crear, y se contraponen a los saberes que buscan domesticar la realidad. Garcés (2013) dice que crear no es producir, es ir más allá de lo que somos, de lo que sabemos y de lo que vemos. Es decir, estas prácticas sitúan el arte como un proceso que desvela, a través de la contemplación activa, como potencia del no hacer, aquello oculto en luz de las apariencias. El concepto de contemplación es entendido aquí no como un refugio intelectual o místico sino como una disposición afectiva de liberación y exploración del conocimiento. El pensador Jacques Rancière (2010) apunta a este sentido contemplativo y sensitivo de la emancipación:

Dicho esto, pienso efectivamente que la emancipación no es una intensificación de la vida. La emancipación social ha sido una respuesta a la oposición misma entre dos modos de vida: la vida supuestamente libre de los "hombres ociosos" y la vida "desnuda" de los que estaban obligados al trabajo y la reproducción. La emancipación social fue la obra de hombres y mujeres deseosos de romper con la vida ligada a su condición. Por esa razón, la capacidad de no hacer nada, la capacidad de contemplar

en lugar de actuar, tan estigmatizadas por una cierta tradición "progresista", han sido elementos esenciales en la idea y la práctica de la emancipación (párr.17).

La emancipación no se fundamentaría en la reapropiación de modos materiales de vida, o como una reacción a algo que limita o impone, sino en un prendamiento del sujeto en su entorno desde la sensibilidad (Mandoki, 2008), es decir en una afectación (Garcés, 2013). La epistemología emancipatoria se identifica en un pensamiento de base relacional con el otro, con el mundo y con las cosas que conecta experiencias y posibilita construir otras racionalidades (Dewey, 2005). Lo que aquí llamamos emancipación se constituye en una relación de fuerzas que da lugar a una forma de poder para el sujeto.

5. La emancipación en trabajo social desde las epistemologías estéticas y sus prácticas: contribuciones para un método de análisis

Como argumenta Zamanillo (2018) es una exigencia ética que el trabajo social sea críticamente reflexivo con relación a los conceptos y construcciones sobre la práctica profesional, y sobre los mecanismos y estrategias que se utilizan con las personas con las que se relaciona. Kisnerman (1998), insiste en la necesidad de convertir el trabajo social en una reflexión crítica sistemática, en reformular los supuestos epistemológicos integrando los aportes del pensamiento, a entender que lo social pertenece a la vida cotidiana y desde estos supuestos nos interroga: “¿qué es lo que nos impide a ustedes y a mí, a la gente, desarrollar esta estética y esta ética de la existencia?” (Kisnerman, 1998, p. 156).

La relación epistemológica del trabajo social con lo estético y lo artístico no es nueva, y de hecho la literatura del trabajo social se apoya mucho en esta naturaleza artística de la práctica y su vinculación con las capacidades creativas (Crath, 2012; England, 1986; Goldstein, 1992; Gray, 2008; Peile, 1993; Rapoport, 1968; Turner, 2002; Weissman, 1990). Aunque el objetivo de este artículo no es realizar una revisión de esta literatura, sí que consideramos oportuno señalar algunas de estas referencias para encauzar nuestra reflexión. Como apunta Hill (1992), ya desde los comienzos el trabajo social está conectado a la estética: “Aunque la burocracia y la ingeniería social impregnan el trabajo social actual, nunca hemos abandonado, en principio, el paradigma estético” (p.32).

Un ejemplo de esta temprana vinculación lo visualizamos en el texto *Creativity in Social Work* de Lydia Rapoport (1968), en el que se señala la importancia de la subjetividad como nexo epistémico en el uso de las artes en contextos de trabajo social, especialmente en el comunitario. Sin embargo, el principal precedente sobre este tema lo encontramos en la

obra *Social Work as Art* de Hugh England (1986). Esta relación con el arte en la obra de England parte de la premisa fenomenológica, que ya apuntó Bowers en 1949, en la que la práctica del trabajo social se define desde una integración de arte y ciencia (England, 1986). El punto de partida de England es subjetivista y existencialista, y por tanto se identifica con la estética solipsista y artesanal de la modernidad. Aun así, encaja su mirada epistemológica en las teorías críticas, situando la práctica del trabajo social como arte en el campo interpretativo y de la complejidad: “The concepts of coherence and complexity may sound unfamiliar to the social worker, but they are relevant because the social worker aspires to that same understanding as the artist” [Los conceptos de coherencia y complejidad pueden sonar desconocidos para el trabajador social, pero son relevantes porque el trabajador social aspira a la misma comprensión que el artista] (England, 1986, p. 108). England compara la labor del trabajador social a la del poeta, en tanto que ambos sitúan su acción en el terreno de la transformación y la mediación de significados sobre la realidad: “The social worker, then, like the poet, must bring together disparate elements of the ordinary world, and he too must do so with unusually profound understanding, for his understanding must enrich the understanding of his clients” [El trabajador social, entonces, como el poeta, debe reunir elementos dispares del mundo ordinario, y también debe hacerlo con una comprensión inusualmente profunda, porque su comprensión debe enriquecer la comprensión de sus usuarios] (England, 1986, p.106).

En esta línea, Howard Goldstein deviene otro referente en la comprensión artística y humanística del trabajo social. Este autor también conecta la realidad ontológica del trabajo social con las posibilidades interpretativas que se dan desde lo artístico (Goldstein, 1992). Como apunta Gray (2002), Goldstein interpreta lo artístico en el trabajo social como una conexión interior con el mundo exterior, y define la acción del trabajo social como un proceso performativo basado en la interpretación de las relaciones humanas: “The social worker as a performing artist has the talent and will to move beyond the constraints of method and technique and respond imaginatively and creatively to the impromptu, unrehearsed nature of the special human relationship” [El trabajador social como artista escénico tiene el talento y la voluntad de ir más allá de las limitaciones del método y la técnica y responder con imaginación y creatividad a la naturaleza improvisada y no ensayada de la especial relación humana] (Goldstein 1998, p. 413, citado en Gray, 2002). Goldstein, al igual que England, pensaba la práctica del trabajo social como ciencia y arte al mismo tiempo. En este sentido, ambos autores señalan que la naturaleza crítica del trabajo social deviene en el terreno epistémico, con el que se conecta a las posiciones estético-artísticas: “The

location of social work in the tradition of art gives social work access to the critical traditions of art” [La ubicación del trabajo social en la tradición del arte le da acceso a las tradiciones críticas del arte] (England, 1986, p. 118).

Estas posiciones críticas en el arte a las que hace referencia England se dan desde la modernidad, cuando el arte dejó de centrarse en mitologías personales y representacionales, y fue intelectualizando su trabajo en torno a las fragilidades del mundo. Para ello, los procesos artísticos, en su voluntad de trasladar esta actitud participada en la sociedad, han centrado sus estrategias en las producciones de experiencia con el otro con un objetivo crítico y emancipatorio (Danto, 1999; Rancière, 2012). Esta apuesta renueva la relación del sujeto con la experiencia estética y artística más allá de su puro consumo, y lo conecta con modelos de conocimiento existenciales y de consciencia de *ser humano*.

En esta línea, Gray y Webb (2008) nos proponen una comprensión ético-política del trabajo social que pueda identificar su práctica como actividad artística. Gray y Webb sitúan la naturaleza artística del trabajo social en base al planteamiento fenomenológico de Heidegger, basado en la *des-sujeción* del sujeto de la influencia alienante de la tecnología productiva; también con relación al posicionamiento ontológico sobre la experiencia de verdad de Alain Badiou; y evidentemente lo contextualizan en la apertura del arte al terreno social que ya hemos comentado. Por tanto, el lugar epistemológico del que parten Gray y Webb, es ideológico y político, y requiere de una afirmación sobre los principios del saber y el vivir del sujeto.

Los autores concluyen que la actividad artística del trabajo social se basa en la consciencia procesual de la relación entre el trabajador social y la persona consultante: “The formalisation of the art’s work in social work rests on the proximal relationship between social worker and client as a process, duration or setting of a performative scene” [La formalización del trabajo artístico en trabajo social descansa en la relación próxima entre trabajador social y usuario como proceso, duración o escenario de una escena performativa] (Gray y Webb, 2008, p. 192).

En este planteamiento de Gray y Webb el enfoque del trabajo social se presenta en el proceso, el lenguaje, las relaciones y la interacción en el conocimiento. Esto es coherente con los valores básicos del trabajo social según su tradición, ya que presupone que las personas disponen de sus propios recursos, tanto en su contexto como en sus circunstancias personales para que puedan generar transformación. Tal y como afirma Parton (2004), esta idea sostiene la posición fenomenológica de arte y ciencia del trabajo

social, es decir, como una actividad práctica-moral y una actividad racional-técnica: “This argues that social work is as much, if not more, an art than science, and proceeds on the basis that practice should be understood as much as practical-moral activity as a rational-technical one” [Esto argumenta que el trabajo social es tanto, si no más, un arte que una ciencia, y parte de la base de que la práctica debe entenderse tanto como una actividad práctico-moral como racional-técnica] (p. 41).

Así pues, los espacios epistemológicos del trabajo social situados más allá del campo de la ciencia (Martínez-Brawley y Endz, 1997), conectan con algunas de las teorías principales que pueden sostener la conceptualización de un trabajo social emancipador, reflexivo y transformativo. Estas teorías como el interaccionismo simbólico, las teorías críticas o el psicoanálisis postmoderno basado en lo narrativo, problematizan la acción del trabajo social en varios frentes epistemológicos relacionados con las estéticas y las prácticas artísticas. Por un lado, podemos señalar las iniciativas sociopolíticas, feministas, culturales y ecológicas que plantean algunas actitudes filosóficas del pensamiento crítico, el postestructuralismo y la complejidad (Dominelli, 2002; Fook, 2002; Healy, 2001; Jordan, 2004); por otro lado, las prácticas existenciales, narrativas y dialógicas derivadas del modelo comunicativo de Habermas y de la hermenéutica conversacional de Gadamer (Carballada, 2002; Kisnerman, 1998; Parton y O’Byrne, 2000; Tejero et al., 2016). Desde estas posiciones se enfatizan los atributos afirmativos y reflexivos del trabajo social, como la capacidad de trabajar con la ambigüedad y la incertidumbre, tanto en lo referente al proceso como al resultado.

6. Aporte para la discusión. Conocimiento del yo en su condición ético-estética y emancipación

La dicotomía entre ciencia y arte es paralela a la distinción de Habermas entre sistemas y mundos vitales (Habermas, 2003). Los sistemas hablan de las organizaciones. Las palabras hablan de la vida de las personas. La racionalidad instrumental es adecuada a la vida organizativa; la racionalidad comunicativa es construida y relativista e importante en las interacciones entre los individuos. La racionalidad instrumental equivale al trabajo social como ciencia. La racionalidad comunicativa equivale al arte del trabajo social, es decir, el uso de sí mismo.

La práctica de uno mismo en trabajo social está relacionada con la auto-reflexión sobre su poder, es decir en pensarse con relación al otro, a la crítica social, en construir relaciones

intersubjetivas, y a estar participativamente con familias, grupos y comunidades, en definitiva, a recuperar y proteger la subjetividad del otro.

Históricamente, el trabajo social se inscribe en aquellas tecnologías psico-sociales del yo utilizadas para el control y la dependencia, relegando al sujeto a un proceso de individualización en el que tiene que construir su propia identidad a través del conocimiento de sí mismo (Epstein, 2001). Sin embargo, retomando el concepto de *gobierno de sí* de Foucault (1994), que desarrolla en base al conocimiento del yo en su condición ético-estética, el autogobierno adquiere un significado renovado que se diferencia del de la dominación. Desde la perspectiva de Foucault, el autogobierno se relaciona con la emancipación como motor de autocrítica y autonomía de pensamiento. Es decir, emancipación y poder, en su espacio de relación ético-estético, son procesos de transformación en la producción de vida del sujeto, y esto nos permite crear estéticamente formas de pensar, sentir y hacer. De este modo, las tecnologías del yo de Foucault son un concepto guía para la resistencia ética y política y no para la corrección y pedagogización del sujeto. En este contexto estas formas de producción de subjetividad posibilitan una estética de la existencia.

Esto se materializa en trabajo social en una praxis reflexiva, crítica y participada sobre la condición de ser sujeto para favorecer su autonomía (Iannitelli y Mestres, 2006). Este proceso facilita, a través del gobierno de uno mismo, el uso crítico de sus condiciones y condicionantes para desterritorializar o deconstruir aquellas reglamentaciones que han concretizado los deseos y el comportamiento y se han materializado en malestar. Esto es un trabajo estético, artístico y de creación, ya que se trata de una producción de vida que permite desplegar otras dimensiones espaciotemporales, más allá de los sistemas totalizantes del saber y poder que organizan la vida social. En este sentido, Zamanillo (2018) apunta que en trabajo social:

Emanciparse, como acción reflexiva, es un proceso que se refleja en una actitud interior -la de despertar a la realidad- que no se consigue solamente por la formación académica, la dedicación profesional o política, sino por la reflexión sobre uno mismo en conexión el mundo que le rodea. Es, en ese sentido también, un proceso tanto de individuación como un camino que va realizando en contacto con los otros sujetos en un proceso de encuentros intersubjetivos. (p. 104).

Con la expansión hacia terrenos estéticos, el trabajo social tiene acceso a los procesos de emancipación y conocimiento que implican a la creación como procedimiento. Estos

procesos de creación se desarrollan desde el sistema relacional en el que el sujeto despliega sus acciones ético-políticas. Tanto el trabajo en el plano ético, que toma en consideración espacios menos determinados, y el trabajo en el plano político, que desenclava los sistemas socioculturales, giran alrededor de lógicas de acción social que estetizan lo relacional (Guattari, 1990).

La trascendencia del uno mismo no puede existir si no es mediante una relación que lo eleve. Lo estético en este contexto es el material dialógico que conforma el moldeado social del estar con (migo y el otro). Este sentir del sujeto es una estética del acontecimiento que implica una ética de la liberación, no coercitiva, simplemente de reconocimiento de uno mismo en el entorno y en el otro. En este sentido, el terreno epistemológico del trabajo social como práctica transformativa deviene el territorio idóneo en el que esculpir la construcción permanente del saber y del deseo de ser. Es decir, el campo de acción práctica del trabajo social acontece en un proceso intersubjetivo y autopoietico que se sitúa en el *entre* y que produce en uno mismo sus formas de subjetivación y de liberación. Podemos interpretar esta idea a través de las palabras del filósofo Byung-Chul Han (2015):

Solo en la relación estética con el objeto el sujeto es libre. La relación estética libera también al objeto para su peculiaridad respectiva. Lo que caracteriza al objeto artístico es la libertad y la falta de coerción. La relación estética no acosa al objeto en ningún sentido, no le impone nada externo. El arte es una praxis de libertad y reconciliación. (p. 78).

Esta interacción para el trabajo social es una estrategia que abre recorridos a los procesos de transformación que integran estéticamente al sujeto con el medio. Esto es, tal y como afirman Gray y Webb (2008), la base del trabajo social como arte, o parafraseando a Zamanillo (2018) “este es el arte del Trabajo Social formulado desde sus comienzos por Mary Richmond: hacer tomar participación al cliente en sus planes” (p. 186). Esta participación en la experiencia del otro y en su mundo es un movimiento que no es posible sin la voluntad del que experimenta, y como apuntan Deleuze y Guattari (2015) se es participe cuando estamos en el terreno estético de lo sensible: “El devenir sensible es el acto a través del cual algo o alguien incesantemente se vuelve otro (sin dejar de ser lo que es)” (p. 179).

El acontecimiento estético da cuerpo a la vida en el colectivo, a lo común, formaliza nuevas percepciones sobre lo que participar y por tanto surge una nueva forma de experimentar la realidad. Esta concepción epistémica de la estética deviene un campo teórico válido para la

experiencia emancipadora y transformativa del trabajo social. El trabajo social de hoy, más allá de su política reformista, también se ve interpelado por la importancia creciente que toma lo cotidiano. Esto es una apuesta por una acción ético-política que Foucault llamaba “micropoderes”, es decir, sobre aquello que afecta al dominio sobre nuestra identidad, y por una práctica estética, con determinación poética, que permita infiltrarse en las jerarquías de la representación.

Referencias bibliográficas

- Borriaud, N. (2009). *Formas de vida. El arte moderno y la invención de sí*. Cendeac.
- Carballeda, A. (2002). *La Intervención en lo social: exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Paidós.
- Crath, R. (2012). *Aesthetics of social work: Governing risky youth and spaces through techniques of visibility* [Tesis Doctoral], University of Toronto. https://tspace.library.utoronto.ca/bitstream/1807/43381/1/Crath_Rory_D_201211-PhD-thesis-1.pdf
- Danto, A. (1999). *Después del fin del arte: el arte contemporáneo y el linde de la historia*. Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2015). *¿Qué es la filosofía?* Anagrama.
- Dewey, J. (1996). *Liberalismo y acción social y otros ensayos*. Edicions Alfons El Magnànim.
- Dewey, J. (2005). *Art as experience*. Penguin.
- Dominelli, L. (2002). *Feminist Social Work Theory and Practice*. Palgrave Macmillan.
- Dustin, D. (2007). *The McDonaldization of Social Work*. Ashgate Publishing.
- England, H. (1986). *Social Work as Art. Making Sense for Good Practice*. Allen & Unwin.
- Epstein, L. (2001). La cultura del Trabajo Social. En Adrienne S. Chambon, Allan Irving y Laura Epstein (Eds.). *Foucault y el trabajo social* (pp. 81-107). Maristán.
- Fombuena, J. (2012). La técnica y el otro en trabajo social. En J. Fombuena Valero (Coord.) *El trabajo social y sus instrumentos. Elementos para una interpretación a piacere* (pp. 15-48). Nau Llibres.

- Fook, J. (2002). *Social Work: Critical Theory and Practice*. Sage.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Paidós.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. La Piqueta Endymión.
- Gadamer, H. (1993). *Verdad y Método*. Sígueme.
- Gadamer, H. (2018). *Estética y Hermenéutica*. Tecnos.
- Garcés, M. (2013). *Un mundo común*. Ediciones Bellaterra.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*. Anagrama.
- Goldstein, H. (1992). If Social Work Hasn't Made Progress as a Science, Might it be an Art? *Families in Society*, 73(1), 48-55. <https://doi.org/10.1177/104438949207300111>
- Gray, M. (2002). Art, Irony and Ambiguity. Howard Goldstein and his Contribution to Social Work. *Qualitative Social Work*, 1(4), 413-433. <https://doi.org/10.1177/14733250260620847>
- Gray, M. & McDonald, C. (2006). Pursuing Good Practice?: The Limits of Evidence-based Practice. *Journal of Social Work*, 6(1), 7-20. <https://doi.org/10.1177/1468017306062209>
- Gray, M. & Webb, S.A. (2008). Social Work as art revisited. *Internacional Journal of Social Welfare*, 17, 182-193. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2397.2008.00548.x>
- Guattari, F. (1990). *Las tres ecologías*. Pre-Textos.
- Habermas, J. (2003). *Teoría de la acción comunicativa, I*. Taurus.
- Han, B. (2015). *La salvación de lo bello*. Herder.
- Healy, K. (2001). *Trabajo social: Perspectivas contemporáneas*. Morata.
- Hill, R. (1992). *Nuevos paradigmas en Trabajo Social. Lo social natural*. Siglo XXI.
- Hothersall, S. J. (2016). Epistemology and social work: Integrating theory, research and practice through philosophical pragmatism. *Social Work and Social Sciences Review*, 18(3), 33-67. <https://doi.org/10.1921/swssr.v18i3.954>
- Iannitelli, S. y Mestres, M. (2006). Independencia versus autonomía. *Acciones e investigaciones sociales*, Ext. 1, 259-260. http://dx.doi.org/10.26754/ojs_ais/ais.20061Ext395

- Jordan, B. (2004). Emancipatory Social Work? Opportunity or Oxymoron. *The British Journal of Social Work*, 34(1), 5-19. <https://doi.org/10.1093/bjsw/bch002>
- Karsz, S. (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Gedisa.
- Kisnerman, N. (1998). *Pensar el Trabajo Social. Una introducción desde el construccionismo*. Lumen.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2015). *La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*. Anagrama.
- Lorente-Molina, B. y Luxardo, N. (2018, marzo 61). Hacia una ciencia del trabajo social. Epistemologías, subalternidad y feminización. *Cinta De Moebio. Revista De Epistemología De Ciencias Sociales*, 61, 95-109. <https://cintademoebio.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/48583>
- Mandoki, K. (2008). *Estética cotidiana y juegos de la cultura*. Siglo XXI
- Martínez-Brawley, E. & Endz, M. (1997). At the edge of the frame: Beyond science and art in social work. *British Journal of Social Work*, 28, 197-212. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.bjsw.a011323>
- Miranda, M. (2003). *Pragmatismo, interaccionismo simbólico y trabajo social. De cómo la caridad y la filantropía se hicieron científicas*. [Tesis doctoral], Universitat Rovira i Virgili. https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/8406/tesis_completa.pdf
- Miranda, M. (2011). Contexto de la actividad y el pensamiento de Mary Richmond. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 35-45. http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2011.v24.36853
- Miranda, M. (2012). Algunas reflexiones sobre las pioneras del trabajo social y el papel de la educación. *AZARBE. Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, 1, 87-96. <https://revistas.um.es/azarbe/article/view/151161>.
- Mosquera Rosero-Labbé, C. (2006). Conocimiento científico y “saberes de acción” en trabajo social: sobrevaloraciones, desconocimientos y revaloraciones: una lectura desde los países de América del Norte. *Trabajo Social (Universidad Nacional de Colombia)*, 8, 131-142. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/8502>
- Nietzsche, F. (2006). *Fragmentos Póstumos (1885-1889)*. Volumen IV. Tecnos.

- Parton, N. (2004). Post-theories for practice: Challenging the dogmas. En L. Davies & P. Leonard (Eds). *Social Work in a Corporate Era – Practices of Power and Resistance*. (pp. 31-44). Ashgate.
- Parton, N. & O'Byrne, P. (2000). *Constructive Social Work: Towards a New Practice*. Macmillan.
- Peile, C. (1993). Determinism versus creativity: which way for social work? *Social Work*, 38(2), 127-134. <https://www.jstor.org/stable/23716989>
- Prigogine, I. (1997). *¿Tan solo una ilusión? Una exploración del caos al orden*. Tusquets Editores.
- Rancière, J. (2010, mayo 15). Entrevista con Jacques Rancière. *Público*.
- Rancière, J. (2012). *El malestar en la estética*. Clave intelectual.
- Rapoport, L. (1968). Creativity in social work. *Smith College Studies in Social Work*, 38(3), 139-161. <https://doi.org/10.1080/00377316809516365>
- Schubert, L & Gray, M. (2015). The death of emancipatory social work as art and birth of socially engaged art practice. *The British Journal of Social Work*, 45(4), 1349-1356. <https://www.jstor.org/stable/43687909>
- Tejero, E.; Iannitelli, S. y Torradadella, L. (2016). El saber biográfico conversacional: una propuesta de conocimiento y acción sociopolítica para el siglo XXI. *Documentación social*, 182, 209-228.
- Toledo, U. (2004). ¿Una epistemología del trabajo social? *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, 21, 200-214. <https://cintademoebio.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/26122>
- Turner, L (2002). *Dimensions of creativity in generalist social work practice: constructions of retiring practitioners*. [Tesis Doctoral], University of Newfoundland. https://research.library.mun.ca/1243/3/Turner_Linda.pdf
- Victoria Duque, A. (2013). *Metodologías de intervención social. Palimpsestos de los Modelos en Trabajo Social*. Epi-Logos.
- Weissman, H. (1990). *Serious Play: Creativity and Innovation in Social Work*. NASW.
- Zamanillo, T. (2018). *Epistemología del Trabajo Social. De la evidencia empírica a la exigencia teórica*. Ediciones Complutense.